

MARIO GILL

# ZAPATA

SU PUEBLO Y SUS HIJOS



CLÁSICOS  
DEL ZAPATISMO

MARIO GILL

# ZAPATA

SU PUEBLO Y SUS HIJOS



CLÁSICOS  
DEL ZAPATISMO

# CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

**Alejandra Frausto Guerrero**

*Secretaria de Cultura*



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

**Pedro Salmerón Sanginés**

*Director General*

**Felipe Arturo Ávila Espinosa**

*Director General Adjunto de Investigación Histórica*

**Gabriela Alejandra Cantú Westendarp**

*Directora General Adjunta de Difusión de la Historia*

MARIO GILL

# **ZAPATA**

**SU PUEBLO Y SUS HIJOS**

MÉXICO 2019

Portada: Peones en hacienda de beneficio de caña de azúcar, "Sugar Mill. Cuautla", 1884. © (450266) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

Edición en formato electrónico:

Primera edición INEHRM, 2019

D.R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México (INEHRM)  
Francisco I. Madero 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,  
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-082-3

HECHO EN MÉXICO.

Los héroes que provienen de la más genuina entraña popular no mueren nunca. Se proyectan en el tiempo a través de la leyenda y su existencia llega a ser tan real (o más que si en verdad existiesen) que no se limitan a imponer su presencia, sino también su voluntad. Un caso extraordinario de estas supervivencias lo observé en Soto la Marina, el histórico puertecillo tamaulipeco: allí, casi un siglo después de su desaparición, sigue gobernando la que fuera por muchos años ama absoluta no sólo en la región, sino en toda la provincia de oriente, doña Antonia de la Serna, La Generala, esposa del general don Felipe de la Garza. El carácter excepcional de esa mujer, que según la leyenda en momentos críticos vestía el uniforme de su marido para representarlo inclusive en los combates, dejó huellas que aún no se han borrado: no hay habitante de Soto la Marina que no afirme haber visto alguna vez, en las noches de tempestad, salir de las ruinas de su casa el fantasma de doña Antonia con su atuendo de general, cruzar la plaza solemnemente y dirigirse a la iglesia (que ella hizo construir) para repicar las campanas y convocar a su pueblo.

La Generala sigue siendo un personaje actual en Soto la Marina y no pocos están convencidos de que ella sigue velando por ellos y rigiendo, indirectamente, su vida. Si tal cosa ocurre con un personaje desaparecido hace 100 años y que no fue precisamente de extracción popular, es fácil imaginarse lo que ocurre en Morelos frente al caso de Emiliano Zapata, entraña viva del pueblo, muerto hace apenas 33

años.<sup>1</sup> El concepto simbólico “Zapata no ha muerto” que se extendió por todo Morelos entre los campesinos significando con él que el caudillo seguía viviendo en sus corazones y que su causa no había muerto con él adquirió luego una forma más concreta: se dijo que Zapata tuvo el presentimiento de que sería traicionado por Guajardo y por lo mismo no asistió a la cita en Chinameca aquel día negro de abril de 1919, sino que, en su lugar, acudió un joven zapatista que se le parecía extraordinariamente. La ingenua versión tuvo que ser reforzada con la supuesta afirmación de algunas de las personas que conocieron íntimamente a Zapata. Éste —dijeron— tenía en el pecho una marca parecida a una manita y esa huella no fue encontrada en el cadáver.

Este sentimiento generalizado a raíz de la muerte del líder, que se fue desvaneciendo poco después, ha resurgido con vigor en los últimos tiempos. La explicación es muy sencilla, la causa zapatista cobra cada día mayor actualidad. La condición del campesino en muchas regiones de México, con sus naturales variantes, se parece mucho a la que guardaba antes de la Revolución. Más de un millón de campesinos esperan todavía los beneficios de la reforma agraria. Nuevas generaciones de ejidatarios “con derechos agrarios a salvo” pero sin tierra, arrancan a la miserable parcela del padre el sustento para una nueva familia. Al amparo de los certificados de inafectabilidad que se expiden pródigamente surgen nuevos latifundios disfrazados de haciendas ganaderas. Las nuevas tierras abiertas al cultivo gracias a las costosas obras de irrigación que se realizan con el dinero del pueblo son acaparadas por ese grupo cada vez más numeroso de millonarios, y amigos de los amigos de los millonarios, que el

<sup>1</sup> El reportaje “Zapata. Su pueblo y sus hijos”, que ahora publicamos aparte, apareció por primera vez dentro de la obra *Episodios mexicanos. México en la hoguera*, en el año 1960. De la lectura se infiere que el texto fue escrito en 1952. —N. del ed.



humor popular ha bautizado con el apodo de “agricultores nylon” que cultivan la tierra a control remoto desde los elegantes cabarets de la Ciudad de México.

El genio diabólico de algunos políticos ha convertido al campesino mexicano en un verdadero esclavo del Estado, sometido a través de las Ligas de Comunidades Agrarias y de los comisariados ejidales —instituciones oficiales, sin independencia— de la caprichosa actuación del Banco de Crédito Ejidal, de la CEIMSA [Compañía Exportadora e Importadora Mexicana, S. A.], del control de precios y de la producción, etcétera. Nuevas y más refinadas formas de explotación han hecho la vida imposible en su patria a los trabajadores del campo que —de los males el menor— han preferido la esclavitud dorada del “bracerismo” en los campos agrícolas (o de concentración) de Estados Unidos. La fuga incontenible de “espaldas mojadas” es la más dramática revelación de la crisis rural por que atraviesa el país y del fracaso, abandono o traición a los postulados esenciales de la Revolución Mexicana.

El ideal de Zapata ha reverdecido. El grito de “Tierra y Libertad” encuentra nuevas resonancias en los pechos campesinos. El zapatismo se actualiza. Hoy como ayer, Anenecuilco —cuna de Emiliano Zapata y del moderno movimiento agrario mexicano— da la tónica en esta nueva cruzada campesina. El culto a Zapata se reaviva en aquel trágico pueblecillo que no llega al medio millar de habitantes. La presencia del caudillo se palpa en el acento grave de las gentes cuando hablan del jefe, del general o de *Miliano*, como si Zapata estuviese todavía allí, en los cerros cercanos.

Pero lo más trágico y paradójico en esta serie de desgracias que ha tenido que afrontar Anenecuilco a través de los siglos, es el tener que luchar en defensa de sus tierras y sus derechos en contra —amarga experiencia— del hijo mayor de su jefe tan querido y respetado. Nicolás Zapata convertido por





los políticos oportunistas en bandera demagógica de alquiler, aun negando con sus hechos a su padre, no ha podido escapar al sino histórico de su progenitor: empujar a su pueblo a la lucha por la tierra. Los abusos de los hacendados porfiristas prepararon el clima que hizo posible el estallido revolucionario de 1911. Nicolás Zapata, con sus actos dignos de un cacique porfiriano, está provocando una reacción parecida pero sus abusos producen un impacto más doloroso por provenir de un vástago del caudillo amado. Los atropellos de Nicolás han hecho renacer el zapatismo en los viejos pechos zapatistas. Sin quererlo, negando a su padre, lo ha afirmado. Tal es la fuerza del ideal que encarnó Zapata, que pudo transformar lo negativo que hay en su hijo en algo positivo.

En su magnífico libro *Raíz y razón de Zapata* dice don Jesús Sotelo Inclán:

Hay pueblos como hay hombres cuyo destino es la tragedia. Y el destino y la tragedia del pueblo de Zapata parecen ser inexorables. Cerca de siete siglos lleva luchando por sus tierras y no logra disfrutarlas. Aún ahora (1944) cuando casi todos los pueblos de la República tienen sobre las suyas títulos definitivos, Anenecuilco lucha todavía por ellos... Sólo provisionalmente se le dieron algunas tierras y varias veces lo han querido despojar de ellas. Claro que ya no hay hacendados que lo pretendan, pero en cambio hay generales y políticos que, haciendo valer sus “méritos revolucionarios”, se creen con derecho a ocupar las tierras de los pueblos.

Sotelo Inclán no pudo imaginar en 1944 que uno de esos... políticos, sería el hijo mayor de Emiliano.



La concentración de la propiedad rural en el estado de Morelos había llegado a su máximo a fines del siglo pasado. Veinte familias acaparaban toda la tierra laborable. El 60 por ciento de la superficie total de la entidad se hallaba en sus manos. Las grandes haciendas azucareras se habían desarrollado con el apoyo del Porfiriato atropellando e inclusive destruyendo pueblos. Muchos de éstos habían quedado aprisionados dentro de esos latifundios y los campesinos tuvieron que convertirse en peones de sus despojadores. La industria azucarera —introducida a la Nueva España (y al continente americano) por Hernán Cortés que sembró las primeras cañas en las tierras del marquesado que formarían más tarde el estado de Morelos— se desarrolló extraordinariamente, pero los pueblos perdieron sus tierras y su libertad.

Anenecuilco constituyó el caso típico de esa situación general que existía en Morelos y en casi toda la República al terminar el siglo XIX. Sotelo Inclán en su libro clásico (*Raíz y razón de Zapata*) relata el calvario de Anenecuilco (pueblo antiquísimo fundado en el siglo XIII por los tlahuicas), que se inicia con la primera conquista realizada por los aztecas en 1425, se prolonga con la segunda, consumada por los españoles en el primer tercio del siglo XVI, continúa durante los tres siglos de dominación colonial en los que órdenes religiosas y encomenderos inician el nuevo despojo de las tierras concedidas por reales cédulas, y llega a su culminación crítica bajo el régimen porfirista.

La naciente industria azucarera requería tierras y más tierras de buena calidad para el cultivo de la caña y había que tomarlas de donde las hubiera. Despojados los campesinos de sus tierras laborables se refugiaron en la ganadería. Pero los hacenderos necesitaban no solamente las tierras, sino también los brazos de los hombres. Procedieron a arrebatarles sus agostaderos; otros, para acabar con la ganadería de una vez y obligar a los indios a ingresar a los ingenios



ofrecieron comprar todo el ganado. El dueño de la hacienda de Hospital fue más allá en este empeño: se apoderó por la fuerza de todos los pastales, e inclusive, de los pequeños *tlacololes*;<sup>2</sup> los hizo cercar y ordenó a los campesinos que desalojaran todo el ganado que había en esos lugares a sabiendas de que los indios no tenían donde llevar sus animales. A la vez ordenó que se cazara a las reses que no fueran sacadas de “sus tierras”. Cuando los campesinos fueron a reclamar sus reses muertas, la orden fue de disparar sobre los hombres.

Por su parte la hacienda de Coahuixtla no se quedaba atrás en este torneo de depredaciones y crímenes. En 1887 el dueño de la hacienda, don Manuel Mendoza Cortina, extendió su dominio hasta las huertas y calles de Anenecuilco, por la parte oriental. Ordenó a sus guardias blancas (llamados entonces “guardatierras”) que destruyeran todo el barrio de Olaque. Derribaron la capillita, las casas de carrizo, arrancaron los árboles frutales —mangos, aguacates, zapotes, limas, etcétera— y convirtieron aquellas huertas y calles pintorescas en campos listos para el cultivo de la caña de azúcar.

Tocó a Emiliano Zapata, siendo entonces un niño de nueve años, presenciar este atropello criminal y estúpido. Allí se originó la conocida anécdota según la cual Emiliano presintió su destino histórico. Viendo a su padre llorar de rabia ante el monstruoso atropello, preguntó:

—Papá, ¿por qué llora?

—Porque nos quitan las tierras.

—¿Quiénes?

—Los amos.

—¿Y por qué no pelean en contra de ellos?

—Porque son poderosos.

—Pues cuando yo sea grande, haré que las devuelvan.

<sup>2</sup> Sementeras (sembrados, siembras) en las laderas de los cerros.  
—N. del ed.



El martirio de Anenecuilco no terminó con el triunfo de la Revolución. Zapata, como jefe del Ejército Libertador del Sur y Centro, reivindicó algunas de las tierras de su pueblo y las entregó a sus propietarios. En los primeros años de la lucha el problema no preocupó mucho a los indios de Anenecuilco, porque casi todos tomaron las armas y abandonaron el pueblo para seguir al jefe. Estaban seguros de que, al triunfar, si salían con vida, regresarían a Anenecuilco y hallarían allí la tierra y la libertad por la que habían luchado. Pero cuando la Revolución “degeneró en gobierno” y los soldados zapatistas regresaron a sus hogares se encontraron nuevamente sin tierras, pues no se les reconocían sus derechos y con que, para tener opción a una parcela, deberían iniciar una nueva lucha, un tipo nuevo de batalla para la que estaban menos preparados que para la que dieron al lado del caudillo: la batalla legal de los expedientes de dotación, ampliación, restitución, posesiones provisionales, definitivas, resoluciones presidenciales, etcétera.

Esta etapa posrevolucionaria del martirio de Anenecuilco ha sido seguramente la más amarga. Sorprende la entereza actual de esos hombres tan duramente golpeados por la injusticia y la adversidad y se explica sólo en función de esa tradición de lucha transmitida de generación en generación, a través de siete siglos. Cada niño que nace en Anenecuilco recibe esa herencia de lucha y la transmite al morir, a sus hijos. Es su único patrimonio: luchar por recuperar sus tierras. Tal es el “duro e inflexible destino” de los hombres de Anenecuilco.

Seguramente ningún otro pueblo de la República ha dado tanto a la causa de la Revolución y recibido en cambio tan poco. Al instaurarse el nuevo régimen, Anenecuilco se hallaba reducido a 57 hectáreas incluyendo en esa extensión todas las calles del pueblo. Su población, que en 1910 era de 371 habitantes, había bajado en 1920 a 296 personas. Lo primero que hizo el pueblo, naturalmente, fue pedir la restitución



de su ejido de 500 hectáreas. El 28 de septiembre de 1920 se les desconoció este derecho con el argumento de que “no comprobaron tener títulos sobre esas tierras”. En cambio, el régimen revolucionario recomendaba el procedimiento de la “dotación provisional”. El 20 de octubre de ese mismo año el gobernador de Morelos, don José G. Parres, entregó a los campesinos de Anenecuilco 499 hectáreas tomadas, 381 de la hacienda de Coahuixtla, y 118 de la de Hospital.

Debe haber sido muy duro para aquellos que hicieron la revolución agraria, para los que pagaron en ella una cuota tan elevada de sangre, el tener que mendigar después en las antecámaras de las oficinas públicas del gobierno revolucionario, no una compensación justísima por el apoyo prestado a la causa de la Revolución, sino simplemente el reconocimiento de un derecho indisputable amparado por títulos primordiales y tener que conformarse con una dotación provisional sujeta todavía a miles de trámites de unas cuantas hectáreas de su propia heredad y eso sin que se reconociera que aquello era una restitución, sino un donativo generoso. La Revolución saludaba con sombrero ajeno. Un 11 de abril de 1923 (fecha muy significativa para los hombres de Anenecuilco) se les dio posesión definitiva a 75 jefes de familia, de una extensión total de 700 hectáreas de tierras de riego, temporal y cerril.

Alrededor de 100 campesinos no alcanzaron dotación; el pueblo inició nuevas gestiones, apoyándose en sus títulos. El 9 de mayo de 1929 presentaron nueva demanda de restitución. El acuerdo presidencial para dar posesión definitiva a los indios de Anenecuilco de un mendrugo [*sic*] de tierra, había tardado tres años. En cambio, para resolver que “no procedía la restitución” sólo bastaron unos cuantos meses. El 7 de noviembre de 1929 se rechazaba la demanda por improcedente. Los viejos representantes del pueblo descuidaban su parcela para venir a la capital en viajes interminables y costosos. De nada sirvieron las copias de los documentos.



Nadie se interesó jamás por estudiar a fondo la titulación original de Anenecuilco. Los ingenieros del Departamento Agrario encontraban más cómodo el procedimiento de las dotaciones o ampliaciones.

Pero Anenecuilco no se daba por vencido. Tenían la conciencia del derecho y la voluntad para defenderlo. El 29 de noviembre de 1934 insistieron nuevamente en la restitución de sus tierras y nuevamente fueron rechazados. Por esos días un grupo de generales y políticos había hecho valer sus “méritos revolucionarios” y el gobierno del general Abelardo L. Rodríguez les había reconocido éstos, entregándoles, en compensación, las tierras de Zacuaco, propiedad de Anenecuilco, que se hallaban desde hacía tiempo en poder de la Nacional Financiera, heredera de la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, organismo creado en las postrimerías del Porfiriato y que sólo sirvió, como las famosas deslindadoras, para despojar de sus tierras a los pueblos.

Los generales Juan Jiménez Méndez, Francisco Higuera, Miguel Z. Martínez, Guillermo Palma, Antonio León Cano, Maurilio Mejía y otros miembros del Ejército Nacional, de menor graduación, formaron la Cooperativa José María Leyva y, con apoyo oficial y abundantes recursos se pusieron a explotar las tierras cuya disputa había originado la revolución agraria del sur. Lo que más hirió en este caso a los indios de Anenecuilco fue el hecho de que el organizador de ese grupo de intrusos hubiera sido Maurilio Mejía, pariente y compañero de Zapata en los primeros años de la lucha y que conocía perfectamente los derechos del pueblo sobre esas tierras, puesto que, precisamente por defender esos derechos había empuñado las armas en 1911.

El *calpuleque*<sup>3</sup> del pueblo era entonces Francisco “Chico” Franco a quien Zapata había hecho depositario de los

<sup>3</sup> Señor o guarda de barrio. —N. del ed.



títulos primordiales. Al morir el caudillo, Chico Franco asumió la defensa de los derechos tradicionales. Con tan honrosa representación se opuso al grupo de generales y políticos y, por lo mismo, fue perseguido ferozmente. Tuvo que huir a las montañas y esconder en los huecos de las rocas la documentación que le entregara el jefe *Miliano*. El perseguido logró hacer llegar una carta al nuevo presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, en la que, seguramente, relataba los atropellos e injusticias de que era víctima Anenecuilco.

El 29 de junio de 1935 el presidente Cárdenas se presentó en el pueblo y en un acto público y solemne expropió a los generales y entregó las tierras de Zacuaco a sus dueños, los indios de Anenecuilco, tal como se hallaban en esos momentos (en vísperas de cosecha), así como toda la maquinaria agrícola de la cooperativa. Dijo Cárdenas en esa ocasión que devolvía esas tierras “como un homenaje histórico al pueblo y al iniciador de la revolución agraria”. El gobierno indemnizó a los generales y les entregó otra hacienda en Tamaulipas.

Los viejos zapatistas entraron al fin en posesión de sus tierras. Les parecía aquello un hecho tan justo y natural, y se sentían además tan legítimamente en poder de esas tierras, que consideraron superfluo, y tal vez hasta ofensivo, pedir al gobernante que les hacía justicia un documento que respaldara su acuerdo verbal. Sobre el terreno el general Cárdenas distribuyó entre los campesinos de Anenecuilco y Villa Ayala las tierras de Zacuaco, El Sifón y La Taza. Los zapatistas tomaron posesión de las tierras pero, como había que darle forma legal a la nueva situación, tuvieron que presentar una solicitud de ampliación de ejidos sobre la cual recayera una resolución presidencial. Ésta fue dictada el 13 de mayo de 1936 y por ella se concedían a Anenecuilco 244 hectáreas de riego, 232 de temporal y 3 629 de terreno cerril. Muchos de los que iniciaron la lucha al lado de Zapata tuvieron que esperar 25



años para que la Revolución les entregara su parcela. Noventa y tres cabezas de familia en Anenecuilco recibieron al fin sus tierras. Al parecer la Revolución, aunque tardíamente, había hecho justicia al pueblo pionero de la lucha agraria.

Pero sucedió que, simultáneamente, Villa Ayala había presentado el 22 de junio de 1936 una solicitud de ampliación de ejidos. Al concedérsela —136 hectáreas de riego, 360 de temporal y 3916 de cerril— se afectaron tierras que Lázaro Cárdenas había puesto verbalmente en poder de Anenecuilco. Éste protestó, solicitó del presidente la ratificación por escrito de su acuerdo, pero todo fue en vano. Como no hubiera constancia oficial de la determinación presidencial de junio de 1935, el 1 de mayo de 1938 las autoridades pusieron a los de Villa Ayala en posesión de sus tierras. Anenecuilco se negó a reconocer la legalidad del acuerdo presidencial. A los campesinos despojados se les ofreció que más tarde se les darían tierras en otro lugar, para compensarlos, pero poco después se les hizo saber que deberían pagar la mitad del importe de esos terrenos. “Para recuperar una extensión como la que nos quitaron —comentó un campesino de Anenecuilco— tendríamos que pagar como un millón de pesos”.

En la actualidad hay en Anenecuilco muchos campesinos de la vieja guardia zapatista que no alcanzaron parcela y muchos más de la nueva generación. Éstos o viven miserablemente de las 40 tareas de su padre o se ven obligados a emigrar como braceros. No está descartada la posibilidad de un choque entre los dos pueblos. Anenecuilco se siente despojado por Villa Ayala y éste, que a su vez confronta el problema angustioso de la falta de tierras, está dispuesto a defender a sangre y fuego lo que el gobierno les ha entregado.

Anenecuilco se negó a reconocer la legalidad del acuerdo presidencial rectificatorio. Entonces se ofreció compensar a los campesinos despojados con tierras en otro lugar. Se expropiaron terrenos de Refugio Bustamante y de Ambrosio





Puente, exgobernador de Morelos (lindantes con Anenecuilco), pero se les dijo a los campesinos que tendrían que pagar por ellas una compensación. Nuevamente para recuperar una extensión como la que les quitaron tendrían que pagar. Se convino, finalmente, en que sólo pagarían 20 por ciento de su valor.

Cuando iban a ser entregadas las tierras, Nicolás Zapata y Sebastián Luna (este último comisario ejidal) exigieron al ingeniero Victoriano Zepeda les entregara a ellos la mayor parte de los terrenos. El ingeniero Zepeda se opuso. “Si Emiliano viviera —dijo— le entregaría sus 40 tareas y nada más”. Los campesinos de Anenecuilco culpan a Nicolás y a Luna de haber frustrado con sus ambiciones la entrega de esas tierras, las cuales se hallan ahora en poder de un gachupín, Manuel Guerra, que se ha convertido en el nuevo cacique de la región.

Las tierras con que se iba a compensar a Anenecuilco no fueron entregadas, pero como existe una resolución presidencial por la que se les adjudica esa extensión, los anenecuilquenses reciben con frecuencia comunicaciones de pago de impuestos y otras exacciones.

—Cóbrenle a Guerra —dicen los de Anenecuilco.

—Las tierras son de Anenecuilco —dice Guerra.

Pero entretanto el cacique español sigue en posesión del terreno, sembrando arroz y explotando como peones a los campesinos a los que se suponen pertenecen esas tierras.

Hace poco los campesinos de Anenecuilco recibieron aviso del gobierno de que su deuda por las tierras que les han sido otorgadas por resolución presidencial (las que disfruta el gachupín Guerra) asciende a \$16000.00. ¡Era lo único que faltaba en el martirio de Anenecuilco: tener que pagar los impuestos de las tierras de los caciques que los explotan!



En la actualidad son muchos los campesinos de Anenecuilco sin tierra. La cuestión se ha complicado porque los hombres se reproducen y las tierras no. Además, no sólo crean problema los nuevos varones, sino también las mujeres, pues al casarse éstas y formar un nuevo hogar, sus maridos, que tampoco tienen tierra, plantean la necesidad de una nueva subdivisión de la parcela, o bien disputan al suegro o a los cuñados la posesión de las exiguas 40 tareas primitivas.

El problema de la tierra en Anenecuilco es tan angustioso como lo era antes de la Revolución. Sin embargo, y esta es una de las más extrañas realidades que pueden confrontarse en este pueblo mártir, los campesinos están llegando a la conclusión de que lo más terrible no es ya carecer de tierra, sino el seguir atados a ella.

“¡Vivíamos desahogados cuando no teníamos tierra!”, dice Manuel Contreras, propietario de 20 tareas en Anenecuilco.

Para comprender la razón de esta sinrazón dramática que parece un sacrilegio en labios de un campesino zapatista, es necesario conocer la situación que viven actualmente esos campesinos.

La mayor parte de ellos se dedican al cultivo de la caña de azúcar que entregan, unos, al ingenio de Zacatepec, y otros, al de Santa Inés. Los que están menos mal son los que tratan con Zacatepec, pues reciben sus liquidaciones puntualmente; los que entregan la caña a Santa Inés tienen que esperar hasta un año para que les den sus “alcances”. Los campesinos que poseen las 40 tareas tradicionales (4 hectáreas) pueden obtener, sembrando caña, un promedio de \$6.00 diarios. Pero la mayoría sólo posee 20 tareas, así es que sus ingresos se reducen a \$3.00 diarios. En cambio, trabajando como peones, ganan de \$7.00 a \$8.00 diarios.

Zacatepec les paga a razón de \$37.00 la tonelada de caña en el surco, pero de esa suma hay que descontar el corte, el arrastre, etcétera, de manera que, finalmente, al campesino



le quedan unos \$27.00 por tonelada. Santa Inés ofrece pagar \$27.00 la tonelada en surco, pero hechos los descuentos del gran capitán [sic] al ejidatario le quedan alrededor de \$20.00 por tonelada.

El campesino que va a sembrar caña recibe una refacción de \$1500.00 por hectárea, es decir, \$3000.00 para 20 tareas. De esas 2 hectáreas obtiene 128 toneladas de caña que, vendidas a \$27.00 cada una le producen \$3456.00. Esa fracción de \$456.00 —después de liquidar al banco y de la que hay que descontar todavía los intereses correspondientes— es la utilidad líquida anual del campesino de Anenecuilco sembrador de caña, dueño de 20 tareas, lo que equivale a un ingreso diario, promedio, de \$1.24.

“El año pasado el banco tuvo que prestarme \$366.00 no más para que no me muriera de hambre —dice Manuel Contreras—. Y eso porque si me muero... pues ¿a quién le cobran lo que les debo?”.

En esas condiciones los campesinos, como no pueden vivir de la parcela, tienen que rentar tierras o emplearse como peones para completar un presupuesto que les permita sobrevivir. La situación de los ejidatarios que siembran arroz, no se puede decir que sea muy envidiable tampoco:

Una tarea (25 x 40 metros, es decir, 1 000 m<sup>2</sup>) sembrada de arroz requiere los siguientes gastos:

Limpieza del terreno	\$3.00
Barbecho y vuelta	\$25.00
Aborde	\$70.00
Plantado	\$70.00
Semilla	\$25.00
Volteo	\$40.00



Tlamateca	\$25.00
Rose	\$7.00
Limpia	\$50.00
Pajarero, 1½ mes a \$4.00 diarios	\$180.00
Cosecha	\$33.00
Total	\$528.00

De cada tarea se obtienen tres cargas de arroz (de 161 kg) que se venden a \$138.50 cada carga, lo que arroja un total de \$415.00. Por lo tanto, en cada tarea el campesino pierde \$112.50.

¿Cómo es que un ejidatario puede permitirse el lujo de sembrar arroz perdiendo en cada tarea \$112.50 y en las 20 de que consta su parcela, \$2 250.00? Desde un punto de vista estrictamente económico, el campesino de Anenecuilco paga por alimentarnos. Esa es la terrible verdad; sólo que no paga en dinero, porque no lo tiene, sino en fuerza de trabajo, que también es dinero. ¿Cuál es la explicación de ese contrasentido increíble?

El secreto reside en la superexplotación del campesino y su familia. El ejidatario se convierte en peón de sí mismo, realizando personalmente la mayor parte de los trabajos para recibir teóricamente el dinero correspondiente a esas labores, en vez de emplear peones que hagan el trabajo; haciendo que sus hijos se conviertan en espantapájaros, en vez de ir a la escuela, y que su familia entera se entregue a las labores del campo. El ejidatario-peón de Anenecuilco es la última novedad en la cadena de desdichas a que han sido sometidos los habitantes de ese pueblo tan injustamente castigados por el destino.

El resultado de todo eso ha sido la miseria y el endeudamiento progresivo y, finalmente, la esclavitud por deudas,



exactamente como en los tiempos del Porfiriato. En la actualidad todos los campesinos de Anenecuilco están endeudados con el Banco de Crédito Ejidal, o con la hacienda de Santa Inés, o con el gachupín Manuel Guerra. Hay quienes, como Miguel Franco, deben hasta \$23 000.00; el promedio por ejidatario es de \$3 000.00 a \$5 000.00. Se calcula que todo el pueblo debe alrededor de \$200 000.00.

“Sembramos caña, salimos perjudicados; sembramos arroz, salimos perjudicados: ¡ya no sabemos dónde alojarnos!”, dice Eleazar Roldán, pariente de Zapata, que con 30 tareas sembradas de caña obtuvo, en un año, una utilidad de \$458.00.

Los que deben a Santa Inés se han convertido en esclavos de la empresa, pues tienen que seguir sembrando caña para pagar sus deudas. Las empresas, como los antiguos enganchadores, se muestran muy diligentes cuando se trata de anticipar el dinero para la siembra. “Para anticipar, en *l'orita* que le prestan a uno el dinero —dicen los campesinos—, pero una vez enganchados con la caña, *pior* que limosneros nos tratan”. Se les exige que paguen peones, pero luego se les niega el dinero para pagarlos. El trato que reciben es despótico y humillante.

Sus nuevos verdugos son los funcionarios de Santa Inés y los del Banco de Crédito Ejidal. Para estos señores, los ejidatarios de Anenecuilco son “un atajo de bandidos”. Estos “bandidos” que se sacrifican para alimentar a quienes los insultan, comentan con amargura: “El yugo habrá cambiado, pero la coyunda es la misma”. Lo que desean, como una salvación, la meta a que aspiran llegar, es que se les permita sembrar maíz y frijol, volver a la agricultura consuntiva y al peonaje.

Esta es la aspiración máxima de los viejos cargados de familia y de achaques, de los que ya han perdido la fe en todo y en todos. Los jóvenes tienen otra solución: abandonar o rentar la tierra y engancharse como braceros en Estados Unidos.



¿Se comprende ahora el contenido terrible de la expresión “¡Vivíamos desahogados cuando no teníamos tierra!”?

Anenecuilco ha librado muchas batallas a lo largo del tiempo: contra los conquistadores aztecas; contra los conquistadores españoles; contra los encomenderos y las órdenes religiosas; contra los señores feudales del Porfiriato y contra los políticos “revolucionarios” del México contemporáneo. El pueblo sufre estoicamente y acata su destino inmutable. Pero no se rinde. Es extraordinario cómo ha sabido defender y conservar su unidad, su carácter, sus tradiciones y la conciencia de sus derechos centenarios. Su raíz indígena, demasiado honda en la tierra, lo hace incommovible. Su esperanza de alcanzar algún día la justicia se apoya en siete siglos de lucha y sufrimiento.

Los viejos zapatistas de Anenecuilco, curtidos en la adversidad y la injusticia, hablan impávidos de sus luchas pasadas. Apenas si su voz se altera cuando se refieren al último episodio de esa lucha: la que sostienen contra el hijo del caudillo. Visiblemente de todas las pruebas por que han pasado, ésta es la más dura. Nicolás, el primogénito del jefe, los ha traicionado. Muchas ilusiones se hicieron los soldados de Emiliano cuando veían al pequeño Nicolás cabalgar por los cerros, al lado de su padre. Confiaban en que el hijo del caudillo —al tener la edad suficiente— recogería la bandera del padre si éste caía en la lucha. Lo menos que podían esperar era que Nicolás, hecho hombre, fuese uno de los suyos; que estuviese con la causa de Anenecuilco y no en contra de ella.

Nicolás defraudó y traicionó a su pueblo. Tímidamente, como si temieran todavía ofender la memoria del padre, los de Anenecuilco refieren los desvíos de Nicolás. Se ha aliado



con los peores enemigos del pueblo, con los que asesinaron a los suyos. (“Se obtiene más de los enemigos que de los amigos”, se dice que dice). Cuando ya tenía edad suficiente para decidir sobre su destino, eligió el camino opuesto al que siguió su padre. Soto y Gama le atribuye esta expresión que lo retrata de cuerpo entero: “Mi padre fue un imbécil porque no hizo dinero, habiendo tenido tantas oportunidades de hacerlo”. Esa expresión encierra toda la filosofía de su vida. Nicolás se ha dedicado a hacer dinero sin importarle los procedimientos. Se le calcula actualmente un capital no menor de un cuarto de millón. Posee tierras, ganado, cuatro casas en Cuautla; además, renta varias parcelas; refacciona a algunos campesinos y compra cosechas al tiempo. Jamás ayuda a nadie, ni a los parientes más cercanos.

Al morir el padre heredó como único patrimonio el apellido y una casa con un pequeño solar en Anenecuilco. Los habitantes de este pueblo no le perdonan el abandono en que tiene la casa donde nació el jefe. Para todos, aquellas ruinas son un santuario venerable; para Nicolás simplemente un montón de adobes, sin valor. En cambio, el apellido Zapata ha resultado para él una herencia valiosísima, sobre todo cuando descubrió que podía alquilarse a ciertos políticos durante las campañas electorales. Uno de ellos, Refugio Bustamante, le pagó haciéndolo presidente municipal de Cuautla en 1937. Después, en 1940, fue diputado local y posteriormente diputado federal. Anenecuilco esperaba que Nicolás usara su influencia y posición para ayudar al pueblo. La usó, efectivamente, pero para su propio beneficio.

Abusando de su posición política y particularmente de su apellido se apoderó, con la tolerancia de Eleazar Roldán y Sebastián Luna, comisariados ejidales, de las mejores tierras de Anenecuilco y de una gran extensión en Los Cuartos. Despojó a los dueños y, con ayuda de los ejidatarios, convir-



tió aquellas tierras de temporal en magníficas parcelas de riego. En Anenecuilco, donde la parcela tipo es de 40 tareas (4 hectáreas) Nicolás posee más de 400. Recientemente, valido de su autoridad y del apoyo que le prestan las autoridades de Cuautla, despojó de su parcela a Germán Estrada y se apoderó de la casa destinada a almacenes, propiedad del pueblo, donde instaló un establo.

Jamás visita el pueblo de su padre. Hace poco los habitantes de Anenecuilco decidieron construir un puente sobre el río que lo divide en dos partes. La obra —\$15 000.00— tuvo que ser costeadada por suscripción popular. Todos contribuyeron, menos Nicolás. El distanciamiento entre el hijo y el pueblo de Zapata se ha convertido en profunda hostilidad. Al apoderarse de las tierras del pueblo, Chico Franco, depositario de la tradición y de los títulos de Anenecuilco, emprendió la lucha contra Nicolás. “Si Miliano viviera se conformaría con sus 40 tareas como todos”, razonaba Chico. La lucha se enconó. Chico Franco volvió a ser perseguido como cuando se opuso a la invasión de los generales. Una noche su casa fue asaltada por agentes policiacos de la ciudad de Cuautla. Trataron de entrar, asesinar a Franco y apoderarse de la documentación. Chico se defendió valientemente. Una de sus hijas desarmó a uno de los asaltantes. Éstos, derrotados, regresaron a Cuautla y a poco se presentaron las fuerzas federales. El hijo de Chico pudo escapar, pero el viejo, herido, fue rematado en Cañón de Lobos.

Todo Anenecuilco hace responsable a Nicolás de la muerte de Chico Franco que se produjo, más o menos, por la misma fecha en que las autoridades agrarias fallaban en contra de Nicolás y le ordenaban regresar las tierras. Empero, hasta la fecha, los campesinos no han podido tomar posesión de ellas porque el nuevo cacique cuenta con el apoyo de las autoridades y el gobierno —dicen los de Anenecuilco— no da garantías al pueblo.





Así están ahora las cosas en el pueblo de Zapata. Por una paradoja dramática el enemigo es hoy el hijo del jefe y amigo. Los viejos compañeros de Emiliano sonrían con amargura ante esta nueva jugarreta del destino.

Sotelo Inclán en su libro, que no se puede dejar de citar al hablar de Zapata, establece un curioso paralelismo entre Hidalgo y Madero y entre Morelos y Zapata:

Los dos primeros —dice— son los iniciadores de la rebelión y tienen como bandera un programa fundamentalmente político que es el cambio de régimen; los dos segundos secundan el movimiento en el sur y levantan, junto al anterior, un programa de reivindicaciones agrarias.

A ese paralelismo encontrado por Sotelo Inclán entre Morelos y Zapata, el general Serafín Robles agrega un hecho más: Morelos tuvo un hijo —Juan Nepomuceno— al cual hubiera mandado fusilar; Zapata tuvo otro —Nicolás— al cual colgaría si viviera.

Ni Morelos ni Zapata vivieron para confrontar esa contrariedad. Cuando Zapata murió Nicolás tenía 13 años. De no haber quedado huérfano, tal vez otro habría sido su camino. Nicolás fue el primero, pero no el único. Sin embargo, ninguno de sus hijos hace honor al padre; ninguno ha comprendido en toda su profundidad la grandeza de su progenitor ni la justicia de la causa que encarnó. Casi todos con su conducta han negado a su padre. Es verdad que no se les puede culpar a ellos que quedaron abandonados, en la miseria, siendo aún unos niños. La culpa en realidad corresponde al gobierno de la Revolución que debía, en un acto de justicia hacia el caudillo, haber recogido a sus hijos para educarlos. Muchos años después, cuando ya se habían formado (o deformado) solos, el régimen quiso reparar la



injusticia acordando pensiones simbólicas de \$2.00 y \$3.00 diarios. Uno de sus hijos, Mateo, no la empezó a recibir sino hasta 1948 cuando tenía 30 años de edad.

La vida amorosa de Zapata no es muy conocida. De él se conoce principalmente su aspecto heroico, sus hazañas de guerrillero, su militancia turbulenta de abanderado de la más noble causa revolucionaria desde 1911 hasta 1919. La estatura del héroe se impuso sobre la del hombre; sin embargo, en Zapata el hombre era tan grande como el héroe. A esta verdad se llega en Anenecuilco después de platicar con las personas que lo conocieron. “Miliano era un hombre valiente, que no se sabía dejar de nadie; por eso ya desde los tiempos de paz anduvo de malas”. Esa definición que parece la estrofa de un corrido retrata al hombre íntegro, al ranchero altivo, con un gran sentido de la dignidad personal. “Andar de malas” en los tiempos de don Porfirio significaba tener dificultades con los rurales o con los jefes políticos, lo que se resolvía en una vida errante, por los cerros, o en el reclutamiento forzado.

Zapata, cuenta alguna de sus mujeres, era un muchacho simpático, alegre, bromista; cuando se tomaba sus copas le daba por cantar, pero era muy enamorado. Efectivamente Zapata tuvo muchos “contratiempos” según el delicado eufemismo de su fiel asistente Policarpo Castro al aludir con él a las aventuras amorosas de su jefe. Zapata tenía 32 años cuando se lanzó a la lucha armada. En el apogeo de su fuerza y en medio del torbellino de la Revolución pudo haberse llevado —como hacían otros guerrilleros de la época— por la fuerza a las más hermosas muchachas de los pueblos conquistados. Sin embargo, nunca se dio el caso de que las jóvenes casaderas tuvieran que ir a refugiarse a las sacristías al escuchar el grito de “*ai viene Zapata*”. Los numerosos “contratiempos” de Emiliano no eran donjuanismo sino plenitud de virilidad en un medio rural donde todas las noches



cálidas se antojan para “dejar a una madre llorando” (como dicen los rancheros al referirse al raptó de las muchachas) y cuando la apuesta figura de Zapata se hallaba idealizada por la leyenda.

¿Qué rancherita hubiera podido resistir al charro elegante, montado siempre en magníficos caballos, rodeado de una aureola de poesía y heroísmo? Para esas muchachas Zapata no era un hombre, simplemente, sino un sueño, una idea, una causa hecha hombre. Por eso entre las mujeres que lo amaron no hubo jamás rivalidades ni celos egoístas. Las que fueron sus mujeres, al recordarlo no tienen para él ningún reproche por sus infidelidades; ninguna se siente traicionada ni ofendida. Las que viven en la misma población se tratan cordialmente, hermanadas en el abandono y el recuerdo común. Se dio el caso, verdaderamente excepcional en el medio rural mexicano, de que el joven caudillo hiciera vida amorosa con tres hermanas al mismo tiempo, bajo el mismo techo, y en medio de la más extraordinaria armonía.

Sus mujeres amaban en él al hombre, sin duda, pero principalmente al héroe y lo que éste representaba. Por su parte Zapata no hizo nunca discriminaciones injustas; no tuvo favoritas. A todas guardó las mismas consideraciones. En medio de la lucha y el caos nunca se olvidó de mandar “el gasto” a sus mujeres, estuviesen donde estuviesen. Uno de los hombres de sus confianzas tenía el encargo de velar porque nunca les faltase nada, porque nunca les pasase nada.

La versatilidad amorosa de Zapata se parecía a la de esos patriarcas de la antigüedad procreadores de pueblos. Para Emiliano el culto a la mujer era una prolongación del amor a su pueblo, del amor a la tierra. Había algo de telúrico en ese empeño fecundizador del caudillo; para él el amor no era un devaneo sentimental, sino un proceso vital como el que debe desarrollarse en el árbol que hunde sus raíces en la tierra en busca de la savia que ha de hacer brotar nuevas ramas.



No se sabe con exactitud cuántas ramas brotaron de ese tronco. Hasta hoy se tiene conocimiento de siete hijos de Zapata, pero es posible que haya otros muchos perdidos y olvidados en los pueblos y rancherías del sur. Viven en la actualidad: Nicolás, Mateo, Diego, Ana María y Eugenio. Murieron, ya grandes, María Elena y María Luisa. Todos ellos son hijos naturales. Zapata sólo se casó una vez, con la señora Josefa Espejo, en 1911, en Villa Ayala. Fueron padrinos de la boda don Francisco I. Madero y su esposa doña Sara P. de Madero. De esta unión no hubo descendencia. La señora vive aún, pensionada por el gobierno.

NICOLÁS, hijo de Inés Aguilar, nació en 1906. Zapata confió a su hermana, María de Jesús, el cuidado del niño. Desde muy chico acompañó al guerrillero en sus correrías por los cerros. En una ocasión Nicolás fue aprehendido por los federales, en Cerro Prieto, y conducido a Tepaltzingo de donde se fugó con la ayuda de Policarpo Castro. Siempre al cuidado de su tía Chucha anduvo de pueblo en pueblo de acuerdo con el vaivén de la guerra. La mayor parte de su infancia la pasó en las montañas. “Se crio en el cerro, como un venado”, según la expresión de Policarpo Castro.

Tal vez por eso es tan huraño y arisco. El ambiente de guerra, de zozobra, de sobresalto y peligro constantes en que transcurrió su infancia le dejaron traumatismos incurables en el subconsciente. El ambiente de violencia y crueldad en que se desarrollaron sus primeros años, lo hizo duro y desconfiado. Sólo confía en la fuerza, en el poder y en el dinero. Nunca podrá entender el ejemplo de su padre entregado en cuerpo y alma a un ideal. En Nicolás la Revolución trató de saldar su cuenta con Emiliano. Se le pensionó con \$160.00 mensuales para que estudiara. Después de cursar los primeros estudios se le envió a Chapingo. De allí se fugó y regresó a Anenecuilco. Allí encontró que el pie de cría que



con grandes sacrificios le había formado su tía Chucha con dos vacas, La Fortuna y La Paloma, constituían ya un lote de cerca de 200 cabezas de ganado mayor. Las reclamó desoyendo las súplicas de su tía y los consejos del gobernador de Morelos que sugería dividir el lote entre doña Chucha y Nicolás.

A los 24 años de edad casó con Venancia Sandoval, con la que ha tenido ocho hijos; el mayor se llama Emiliano y éste es el único homenaje que Nicolás ha hecho a su padre. En una época se entregó al alcohol, pero lo abandonó definitivamente a consecuencia de una grave enfermedad. Su carácter huraño se acentúa con el tiempo. Rehúye hablar de su padre y de lo que representó. Probablemente nunca pudo entender que el ser hijo de Zapata implicaba alguna responsabilidad; él prefirió vender su primogenitura —al Partido Revolucionario Institucional, PRI— por un plato de lentejas: fue nombrado suplente de un senador por el estado de Morelos.

Sus dificultades en Anenecuilco lo han vuelto más huraño y reconcentrado. Habla de que “le quieren quitar sus tierras” como si se fuese a cometer con él terrible ingratitud. Otros atribuyen su retraimiento al temor a tropezar algún día con el hijo de Chico Franco. Su situación económica contrasta violentamente con la que guardan sus hermanos. Cuando se les pregunta a éstos su opinión sobre Nicolás comentan sin amargura y sin ironía: “Nunca nos ha ayudado, pero en el fondo es buena gente”.

MATEO, hijo de María de Jesús Pérez, de Temilpa, nació en 1918. Según las personas que conocieron de cerca a Emiliano, es el hijo que más se le parece. Efectivamente, a juzgar por los retratos del caudillo, Mateo podía ser el doble exacto de Zapata. En sus primeros años fue ayudado por los gobiernos locales para que estudiara en Cuernavaca. Cursó la primaria y un año de secundaria. Después, siendo secretario de



Gobernación el licenciado Miguel Alemán, le ofreció pensionarlo para que estudiase en Chapingo. Después se le dijo que eso no sería posible, pero que iría a estudiar a la Escuela de Agricultura de Ciudad Juárez. Empero, esa promesa tampoco le fue cumplida y, decepcionado, regresó a Cuautla, solicitó su parcela que allí es de 2.5 hectáreas y casó con Juana Luna. A los 34 años de edad tenía seis hijos: Enriqueta, Sergio, Agustín, Margarita, Lucrecia e Imelda. En 1948 obtuvo una pensión de \$5.00 diarios.

Mateo vive en la mayor pobreza. Sus 2.5 hectáreas apenas si le producen, al año, unos \$4000.00, es decir, una renta de \$300.00 mensuales con los cuales viven sus seis hijos, su mujer, su madre y su abuela. Tal vez esa situación lo arrojó al campo de la oposición. En 1950 se presentó como candidato a diputado por el distrito de Cuautla, postulado por el Partido Acción Nacional (PAN), que usó su nombre demagógicamente para atacar a la Revolución. En las siguientes elecciones Mateo fue controlado por el PRI que quiso demostrar que Zapata sigue siendo bandera de ese partido. A pesar de eso no se le dio la credencial de diputado. Ahora Mateo “ayuda” en todas las campañas políticas oficiales.

Hace algunos años (en 1940) se le subió el apellido a la cabeza e inició una campaña contra los nuevos terratenientes; como dentro del ejido de Cuautla hay muchos que poseen hasta 100 tareas intentó que se hiciera una nivelación con los que sólo poseen 25. Sin embargo, la parcela tipo en Cuautla sigue siendo de 2.5 hectáreas. “Algún día —dice Mateo— reanudaremos la lucha y cuando llegue ese momento demostraré que soy además de un Zapata, un zapatista”.

ANA MARÍA, hija de Petra P. Torres, nació en Cuautla el 22 de junio de 1914. A la muerte de Zapata su madre tuvo que refugiarse en la casa de su cuñado, en Chietla. Después logró una pequeña pensión de \$3.00 diarios para su hija y pudieron



establecerse en Cuautla. En 1935 Anita le fue presentada al general Cárdenas quien le sugirió organizase una Unión de Mujeres Revolucionarias (UDMR) que tuviese como finalidad velar por las viudas, hijas o hermanas de los revolucionarios muertos en la lucha, aparte de otras actividades de carácter social y político.

Anita, con el apoyo del gobierno, logró hacer de la UMDR un organismo muy poderoso. En su nómina había más de 8000 nombres de mujeres no sólo de Morelos, sino de otros estados circunvecinos como Oaxaca, Puebla, Guerrero e Hidalgo. La organización obtuvo muchas pensiones para las mujeres de los caídos en la Revolución. Luego, la UMDR derivó hacia las actividades político-electorales y sostuvo la candidatura presidencial del general Juan Andrew Almazán. En 1943 casó con el telegrafista José Manrique con quien ha tenido cuatro hijos: Víctor Manuel, Ofelia, María del Carmen y Julieta. Al casarse le retiraron su pensión, pero el presidente Alemán le ofreció una parcela que todavía no le han entregado. Anita es pequeña, inteligente, enérgica y audaz. Heredó, como casi todos los hijos de Zapata —y muchos de sus nietos— sus ojos graves y profundos. Le interesa mucho la política. Sólo espera que se conceda a la mujer el pleno uso de sus derechos civiles para disputarle a cualquiera en Cuautla una curul en la Cámara de Diputados. “Lástima que no fui hombre —dice—, si no llevaría muy adelante la bandera de mi padre”. Durante el gobierno del licenciado López Mateos, obtuvo su credencial como diputada al Congreso de la Unión.

DIEGO, hijo de la señora María Jorge Piñeiro, nació en Tlaltizapán en 1916. Al morir la madre el gobierno de Morelos concedió una pensión a Diego para que estudiara la carrera de ingeniero en la facultad nacional. Por haber estado la mayor parte de su vida en el medio capitalino es probablemente uno de los hijos de Zapata menos identificados con los idea-



les del padre. La causa del campesino le es completamente extraña e indiferente.

EUGENIO. Hasta hace unos cuantos meses nadie tenía conocimiento de la existencia de este nuevo vástago de Emiliano. Hace poco se presentó en las oficinas del Frente Zapatista, ante el general Serafín Robles, un joven que dijo ser hijo de Zapata, originario de Tlapehuala, Gro. El general Robles, que vivió muy cerca de Zapata y conocía por lo mismo su vida íntima, no tenía conocimiento de la existencia de un hijo del general en aquel estado. Empero, el parecido extraordinario con el caudillo parece eliminar la posibilidad de una suplantación. Eugenio Zapata es un auténtico campesino y, por lo que habló con el general Robles, se adivinan en él algunas de las virtudes del padre que no se manifestaron o que se frustraron en los otros descendientes.

MARÍA ELENA, hija de Inés Aguilar (hermana de padre y madre de Nicolás) nació en Tlaltizapán. Se crió con la madre y casó con un vecino de Tepoztlán. Del matrimonio nacieron dos hijas que quedaron huérfanas en 1931. Desde entonces residen en la Ciudad de México, desconectadas de los parientes.

MARÍA LUISA, hija de Gregoria Zúñiga, nació en Quilamula. Casó en 1934 y un año más tarde murió sin dejar descendencia.

Tales son los descendientes conocidos de Zapata, pero es posible que existan otros, como también lo es que surjan impostores. La virilidad del jefe suriano se desbordó por los pueblos y rancherías. Pero la mirada inconfundible de Zapata se prolongó a través de las generaciones. Zapata vive en los ojos de sus descendientes; es como si a través de ellos quisiera asomarse a la vida y al mundo. Por cierto, que más le valdría no hacerlo. El ideal por el que dio la vida es sólo





bandera demagógica agitada por políticos sin principios. Sus descendientes, a falta de otro patrimonio más tangible, usufructúan el apellido glorioso, alquilándolo al mejor postor en las campañas electorales. Anenecuilco, su pueblo, continúa igual, tratando de reivindicar una heredad centenaria, luchando contra los acaparadores de tierras, lo mismo que hace siglos. Sólo que hoy el cacique, el expoliador y despojador de campesinos, es su propio hijo, su querido Nicolás, en el que seguramente veía al continuador de su obra.

“Los hijos de Zapata son un desastre —me dijo alguien antes de hacer este reportaje—. Por respeto a la memoria vale más no ocuparse de ellos”. No creo en la teoría del olvido piadoso. Ni creo que se empequeñezca la figura de Zapata o se empañe su gloria al hablar del desastre que son sus hijos. Al contrario, por efecto del contraste, su personalidad adquiere mayores proporciones. A nadie se le ha ocurrido que convendría callar lo de Juan Nepomuceno para no disminuir la significación histórica de Morelos.

Además, en el caso de los hijos de Zapata, sostengo que no son en realidad ellos los culpables, sino las víctimas. ¿Qué culpa tiene Mateo por ser un ignorante y alquilar su apellido al PAN con el fin de atraer campesinos incautos, si no se le dio la oportunidad de ilustrarse? ¿Qué ha hecho la Revolución por los hijos del mejor de sus caudillos? Abandonarlos a su miseria y desamparo con pensiones que más parecen limosnas humillantes. Y eso no es lo más grave; lo peor, lo verdaderamente monstruoso, es que después de haberlos abandonado y olvidado cuando eran pequeños, cuando necesitaban de ayuda para educarse, cuando fueron grandes se les corrompió, se les hizo comprender que su calidad de descendientes de Zapata tenía un valor cotizabile en el mercado negro de la política; que deberían sacarle partido a su nombre...



Nicolás Zapata, sólo porque le daba un tinte agrarista al personaje que lo ostentara a su lado ocupó puestos para los que no tiene ninguna preparación ni vocación. Nicolás es un renegado del agrarismo, en la misma proporción que lo es el régimen. Lo que el hijo de Zapata ha podido hacer tuvo éxito gracias al apoyo que encontró en ciertas autoridades. Con ese apoyo Nicolás pudo ir contra los principios de su padre y finalmente enfrentarse a su pueblo. Tal vez cuando medite en su situación comprenda que hubiera sido más feliz si el gobierno revolucionario se olvida de él absolutamente y lo deja tranquilo, en su pueblo, al lado de los suyos, querido y respetado.

No es arrojando migajas a sus hijos como la Revolución ha de saldar su deuda con Zapata, sino haciendo justicia a los campesinos de su pueblo. Cuando el gobierno da su apoyo a Nicolás para violar una disposición que le ordena devolver las tierras usurpadas, se ofende la memoria del caudillo y se contribuye a alejar más al hijo de los ideales del padre. Cuando se le apoya en contra de la ley y de la justicia, lo único que se hace es concentrar sobre él el odio del pueblo. Si algo le ocurriera, los culpables serían en realidad quienes lo han mimado y consentido en nombre de un falso respeto a la memoria del padre.

A pesar de los desengaños sufridos, de los fracasos reiterados y de las traiciones, o tal vez a causa de ello, se advierte en Anenecuilco un renacimiento del ideal zapatista. Hace tiempo fue lanzada la idea de crear un museo de la revolución agraria en la que fue casa de Zapata, en su pueblo. Hoy los vecinos de Anenecuilco están considerando la posibilidad de ser ellos los promotores y realizadores de la obra. Ese interés revela un avivamiento de la llama zapatista que parecía extinguida. En ningún lugar mejor que en Anenecuilco podría instalarse ese museo en el que se concentraran todos los objetos, documentos históricos, gráficas, etcétera,



que hoy se hallan dispersas en distintos museos o en poder de familiares o amigos del caudillo.

Y esto no quiere decir que el zapatismo y Zapata sean ya artículos de museo, es decir, cosas definitivamente pasadas a la historia. Cualquiera que visite aquella región podrá observar, o sentir, que el zapatismo no ha muerto, que por el contrario se opera un renacimiento del ideal del sur. Se piensa en un museo zapatista no para finiquitar a Zapata como bandera política, sino precisamente como reacción contra esos intentos. Un museo dedicado a la revolución agraria, instalado en Anenecuilco y no en otro lugar, no sería una tumba sino un centro de irradiación que aceleraría el proceso de actualización de Zapata. Ese proceso se advierte en las frecuentes visitas de turistas nacionales y extranjeros al pueblo y a la casa de Emiliano. Numerosos norteamericanos han estado últimamente en Anenecuilco ofreciendo buenas sumas en dólares a los familiares del caudillo por algunos objetos de Zapata. A pesar de la miseria en que viven esos campesinos, jamás han accedido a vender nada. Lo conservan celosamente, pero lo cederían gustosos al museo siempre que se instalara allí mismo, donde ellos pudieran hacer guardia permanente. Con su maravilloso instinto han comprendido que llevar esos objetos a un museo de la capital de la República, equivale a convertir la bandera zapatista en un trasto viejo, en una reliquia histórica.

Y para aquellas gentes, el zapatismo no es una bandera de ayer, ni siquiera de hoy; es la bandera de mañana.

Y siguen esperando el regreso de Zapata.





MARIO GILL

**ZAPATA**  
SU **PUEBLO** Y SUS **HIJOS**

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.  
Se terminó en mayo de 2019 en la Ciudad de México.

Anenecuilco ha librado muchas batallas a lo largo del tiempo: contra los conquistadores aztecas; contra los conquistadores españoles; contra los encomenderos y las órdenes religiosas; contra los señores feudales del Porfiriato y contra los políticos “revolucionarios” del México contemporáneo. El pueblo sufre estoicamente y acata su destino inmutable. Pero no se rinde. Es extraordinario cómo ha sabido defender y conservar su unidad, su carácter, sus tradiciones y la conciencia de sus derechos centenarios. Su raíz indígena, demasiado honda en la tierra, lo hace inconmovible. Su esperanza de alcanzar algún día la justicia se apoya en siete siglos de lucha y sufrimiento.

Y para ellos, el zapatismo no es una bandera de ayer, ni siquiera de hoy; es la bandera de mañana.

Y siguen esperando el regreso de Zapata.



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



**2019**  
AÑO DEL CENTENARIO DEL FIN  
DE EMILIANO ZAPATA